

LA PRESENCIA NAVAL ESPAÑOLA EN LA EXPEDICIÓN A COCHINCHINA

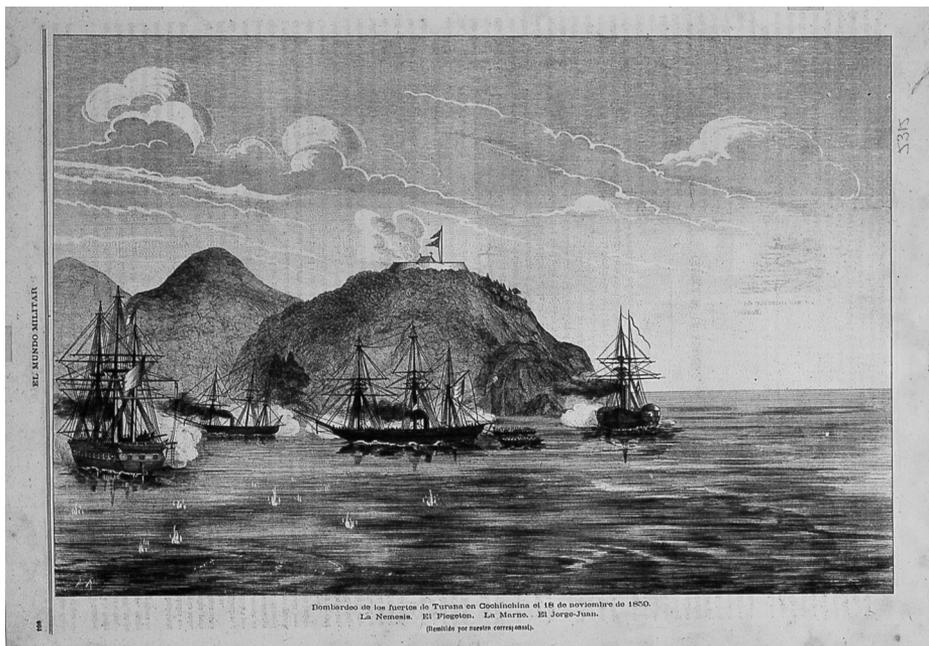
José CERVERA PERY
General Auditor (R)

El ciclo de las expediciones

SI se repasa cualquier manual de historia de las relaciones internacionales durante el siglo XIX, las referencias a España con que se tropezará el eventual lector serán pocas, lo que está en consonancia con la escasa importancia económica y militar del país en el concierto decimonónico de las naciones. El legendario imperio había quedado atrás, y España, reducida a potencia secundaria en el contexto de las potencias europeas. Y es que, pese a que el país todavía conserva a mediados del siglo XIX jirones imperiales muy valiosos (Cuba, Puerto Rico, Filipinas, las Carolinas, las Marianas y Palaos, más ciertas plazas en el norte de África), estos retazos, pequeños y dispersos, en nada pueden compararse con los extensos dominios de las grandes potencias coloniales, sobre todo Gran Bretaña y Francia.

Como señala Jover, la política exterior española en tiempo de Isabel II se caracterizará por mantener el *statu quo*. Pero esa política se lleva a cabo de forma errática y discontinua, y cristaliza en misiones encomendadas a veces a funcionarios poco capacitados. No obstante, España experimentará un fortalecimiento progresivo a partir de 1848, basado en cuatro factores: 1, reconocimiento de las potencias de la Europa centro-oriental, en virtud de la resuelta actitud de España ante la revolución de 1848, que otorgó a Madrid las credenciales de gobierno conservador y, en consecuencia, de aliado de garantías; 2, fortalecimiento de su posición económica, merced al provecho sacado de la Guerra de Crimea, de la construcción del tendido ferroviario y de las inversiones extranjeras; 3, beneficios derivados de la actitud respetuosa hacia España de Napoleón III, y 4, comienzo de la Guerra de Secesión norteamericana, que favorecerá el mantenimiento del *statu quo* en el área del Caribe.

Estas circunstancias, a las que hay que añadir el apogeo de una burguesía moderada, más razones de prestigio propias de la mentalidad romántica de la época, dan como resultado un ciclo de expediciones militares en distintos escenarios de Europa, Asia y América, de las que se obtienen pocos resultados materiales, aunque sí una exaltación patriótica y un fortalecimiento de los valores morales que acompañan a cada expedición.



Campana de la Cochinchina, ataque a los fuertes de Turana (18 de diciembre de 1859). Estampa xilográfica del Museo Naval de Madrid (núm. inv. 5315).

Así debe ser vista la expedición realizada en apoyo del papa Pío IX en 1849, que cae fuera de nuestro ámbito de estudio, pero de la que se ha escrito mucho y generalmente con acertado criterio; la realizada a Cochinchina (el Vietnam de hoy), núcleo de este trabajo, o la que, al mando de Prim, tuvo por destino México, con miles de españoles desembarcando en Veracruz; la famosa guerra del Pacífico, en la que los contendientes derrochan heroísmo, valor y frases lapidarias («mantener el honor de la bandera», «España prefiere honra sin barcos a barcos sin honra»), y la expedición más exitosa y con más implicaciones nacionales: la Guerra de África (1859-1860), una guerra arriesgada, con «ejércitos mal pertrechados en plena estación de lluvias y en un país sin caminos, pero una guerra de honor», no basada en intereses económicos, que suscitó grandes fervores hacia el Ejército español y de la cual el general O'Donnell dijo que «había conseguido levantar a España de su postración».

O'Donnell, la pieza clave

El general O'Donnell ha sido uno de los personajes más analizados — para criticarlo y para ensalzarlo — del reinado de Isabel II. Para Ballesteros era un hombre «de temperamento flemático, gran serenidad, muy apegado al

poder, pero de intachable conducta». El novelista Pedro Antonio de Alarcón le consideraba el único de los gobernantes españoles que hasta ese momento había demostrado «bastante fuerza para sujetar con una mano a la reincidente tiranía y con la otra a la incipiente libertad». El humanista Salvador de Madariaga lo retrata como hombre de «inclinaciones liberales y temperamento reaccionario», y Stanley G. Payne opina que «fue el político más sutil entre todos los personajes militares de la época». Todos estos juicios no pueden desmerecer su impresionante hoja de servicios — era brigadier a los veintisiete años y teniente general a los treinta—. Durante su brillante trayectoria de militar y política conoció los laureles del éxito, pero también el exilio y las persecuciones políticas, tan al orden del día en aquellos tiempos.

Durante el período isabelino, el intervencionismo militar en la política, conjugado con la empedernida rivalidad ideológica entre los más destacados generales, se traducía en una endémica inestabilidad política. Espartero (luego sucedido por Prim como caudillo de los progresistas), Narváez, O'Donnell... acaudillaron repetidos pronunciamientos de signo opuesto que, tras su triunfo, daban un golpe de timón a la línea política seguida hasta entonces. Estos continuos vuelcos en la presidencia y orientación política de los gabinetes, entreverados con fugaces intervalos de presidencias civiles, anquilosaba las estructuras esenciales de la nación e impedía diseñar y ejecutar un plan razonable de proyección exterior. Este requisito de estabilidad no llegará hasta los gobiernos de la llamada Unión Liberal, surgidos de la Vicalvarada y presididos por el general Leopoldo O'Donnell, que gobernaron con la continuidad necesaria para emprender —como escribe Carlos Seco—, junto a un extraordinario proyecto de desarrollo interior, un ambicioso plan de empresas y proyecciones militares exteriores al que se bautizará como «política de prestigio», la cual, aunque criticada por historiadores radicales como Tuñón de Lara o Pierre Vilar, indiscutiblemente supo calar en el ánimo y conciencia de los españoles coetáneos.

Pues bien. Será durante este período de O'Donnell al frente del ejecutivo cuando se produzca la expedición a Cochinchina (1858-1862), que va a ser el centro de estas páginas, si bien las primeras decisiones sobre la participación en ella fueron tomadas durante las dos breves etapas presidenciales que lo precedieron: la del marino Francisco Armero (octubre 1857-enero 1858) y la del veterano político Francisco Javier de Istúriz (enero-junio 1858). La empresa demandaba un genio estratégico acorde con su dificultad militar y política, y el espadón tinerfeño, adornado de las virtudes antes reseñadas, se ajustaba perfectamente al perfil. No en vano había encabezado personalmente la expedición a México —de cuya conveniencia disentía Prim, y al regreso de la cual, por cierto, se sintió humillado por el recibimiento que le dispensó la reina Isabel II—, y en la guerra de África dirigió asimismo personalmente las operaciones militares y compartió laureles y victorias con Prim —precisamente—, Ros de Olano, el marino conde de Bustillo y demás militares, de renombre unos, injustamente olvidados otros.

El origen del conflicto

En el verano de 1857, una grave persecución religiosa se abatía sobre el Tonkín central, provincia del reino de Annam. Iglesias y colegios católicos eran destruidos o incendiados, y el vicario apostólico en la provincia mencionada, fray José Díaz Sanjurjo, había sido capturado. Este dramático e insólito hecho —la Iglesia tonquina había sufrido múltiples persecuciones en los últimos 200 años, pero nunca se había enfrentado al secuestro de uno de sus prelados— impelió a los misioneros españoles a dirigirse a Macao para implorar la intercesión de Francia o España en favor del citado obispo.

El procurador de las misiones españolas en China y Tonkín, fray Francisco Roy, recibió la noticia el 25 de agosto, y al día siguiente se presentó en Macao ante el cónsul general de España, quien por falta de medios y por la demora que supondría pedirlos al capitán general de Filipinas solicitó ayuda al ministro plenipotenciario de Francia en China, Bourbolon. A instancias de este, el jefe francés de las fuerzas navales en los mares de China, almirante Rigault de Genouilly, puso el vapor *Catinat* a disposición del conde Klezowski, a quien se había encomendado presentarse en nombre de Francia y España en las costas de Tonkín con el fin de reclamar la entrega del obispo español y, en caso de que este hubiera sido ejecutado, protestar enérgicamente ante la corte de Hué en nombre de ambos países. El *Catinat* salió de Macao el 3 de septiembre y regresó un mes más tarde con la noticia de que el obispo había sido decapitado el 20 de julio anterior tras padecer un penoso martirio. Los representantes franceses y españoles comunicaron el luctuoso suceso a sus respectivas cortes, al tiempo que recibían cartas de fray Melchor de Pedro, nuevo vicario apostólico en el Tonkín central, que pintaban un cuadro aterrador de la situación en que se encontraba el país y de las sangrientas persecuciones que sufrían los que predicaban la religión católica y los súbditos españoles en particular. Así las cosas, París y Madrid aproximaron posiciones y se concertaron para conjurar el peligro oriental y proteger tanto a sus nacionales amenazados como sus intereses comerciales.

Se prepara la expedición

Decidida Francia a intervenir en Cochinchina con las armas, ordenó a su flota concentrada frente a China dirigirse a las costas de Annam, para obtener la debida satisfacción y arrancar de Tu-Duc, el emperador annamita, la promesa de que se adoptarían medidas para evitar la repetición de hechos tan lamentables. Al propio tiempo solicitaba la colaboración de España en la empresa, por lo que el 1 de diciembre el ministro de Negocios Extranjeros de Napoleón III, conde de Walewski, enviaba al embajador de Francia en Madrid una nota confidencial donde se solicitaba sin ambages la colaboración española, nota que fue trasladada al ministro español de Estado, Martínez de la Rosa. El propio emperador manifestaría al embajador español en París, duque de Rivas,

que deseaba la cooperación de un contingente del ejército de Filipinas, la guarnición española más cercana al posible teatro de operaciones. Así las cosas, el Consejo de Ministros acordó enviar a Cochinchina 1.200 hombres de infantería, un tren de artillería y uno o dos barcos de vapor, lo que se comunicó al embajador francés en Madrid y al representante español en París.

El 25 de diciembre de 1857, el ministro de la Guerra comunicaba al capitán general de Filipinas, Fernando de Norzagaray, que la cooperación en la empresa de referencia se realizaría «en los términos que (...) permitan las fuerzas disponibles del Ejército de esas islas, así como las navales con que la Nación cuenta». Norzagaray debería dar las órdenes oportunas para que las fuerzas necesarias embarcasen con la mayor prontitud. Cinco días después, el Ministerio de Marina manifestaba al comandante general del apostadero de Filipinas: «... el escaso número de buques con que nuestra Armada cuenta en esas aguas, así como las preferentes atenciones del servicio especial de ese archipiélago, solo permiten que el pabellón nacional esté representado en la empresa por una o dos embarcaciones de guerra».

La precaria Marina filipina

Ciertamente, las previsiones ministeriales no eran exageradas. La Marina española en Filipinas disponía de escasos elementos para participar en una expedición militar en el continente asiático. En 1858, además del bergantín *Escipión* y de los pailebotes *Nuestra Señora del Carmen* y *Pasig*, se hallaban destinados en el archipiélago los vapores *Don Jorge Juan*, *Reina de Castilla*, *Magallanes* y *Elcano*, junto a varias lanchas y falúas de la marina sutil. El primero de estos vapores había sido construido en 1851, y los tres restantes databan de 1846. El *Don Jorge Juan*, de 350 caballos, estaba temporalmente indisponible, mientras que el *Reina de Castilla*, de 160, al igual que el *Magallanes* y el *Elcano*, de 100, eran indispensables para el servicio de las islas. No obstante, este último acabaría incluyéndose en la expedición a Cochinchina, para la que la Hacienda contrataría también varios buques de transporte destinados a la conducción y el aprovisionamiento de las tropas. Dichos buques eran las fragatas mercantes *Amistad*, *Bella Carmen*, *Bella Gallega*, *Preciosa*, *Encarnación* y *Bella Antonia*, nombres no demasiado en consonancia con las duras tareas que les quedaba por emprender.

El 18 de octubre, el comandante general del apostadero de Filipinas, Antonio Osorio, se expresaba así en comunicación a su capitán general: «Con fecha 9 del corriente se dieron a la vela dos de los cinco buques transportes contratados para conducir el resto de la tropa para conducir el resto de la tropa, víveres, efectos de guerra y caballos destinados a la expedición de Cochinchina y en esta fecha lo han verificado los tres restantes». Por su parte, el comandante de los buques de transporte, teniente de navío José María Tuero, había organizado eficazmente el servicio de los botes de todos los buques a su cargo, de manera que el cumplimiento de las peticiones del ejérci-



Bandera del imperio de Annam, tomada en el fuerte de Saigón el 17 de febrero de 1859. (Museo Naval de Madrid, núm. inv. 4988).

to quedaba garantizado sin necesidad del auxilio de los franceses. No obstante, a mediados de 1859, durante el primer año de la expedición, se llevaban gastados 120.000 pesos en estos fletes cuando los servicios habían sido relativamente nulos. La precaria Marina filipina no podía dar más de sí.

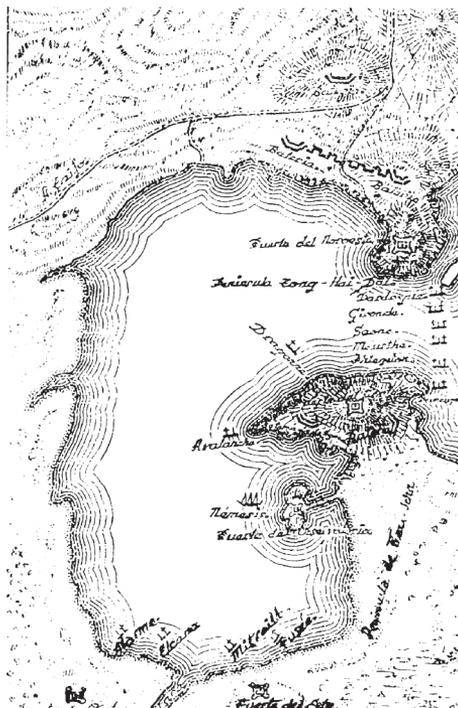
El doble juego de Francia

El gobierno francés, como el español, quería vengar los insultos a su pabellón y los malos tratos infligidos a sus misioneros. Pero la crisis le venía a París muy a propósito en sus aspiraciones de extender su influencia en el sudeste asiático, por cuanto Indochina, y particularmente el reino de Annam, se perfilaba como colonia ideal para crear una base de expansión por la zona. Posiblemente fueron estos móviles económicos y estratégicos los que indujeron a Francia a solicitar la ayuda española, pues París, aunque ya tenía fuerzas navales en los mares de China, carecía de unidades terrestres suficientes y adaptadas a aquel medio geográfico, unidades que España podía proporcionar a través del ejército de Filipinas. Por añadidura, así evitaba el compartir el triunfo con su poderosa rival, Inglaterra.

Es evidente que la causa inmediata de la participación de España en la expedición de castigo propuesta por Francia debe buscarse en los atentados de

que fueron víctimas los misioneros españoles, pero también es explicable por la necesidad de defender el honor nacional y, quizá, porque la expedición se vio como el camino hacia una expansión comercial. No es inverosímil que en el gobierno alentasen deseos de poseer un puerto en el Tonkín central, el cual serviría para fomentar las relaciones comerciales con el archipiélago filipino en un momento de expansionismo europeo en el sudeste asiático. Así pues, junto a la defensa de los súbditos españoles en el extranjero, hay que destacar la estratégica situación de Annam, reino ubicado frente por frente con Filipinas y con el que a España, por tanto, le interesaba aumentar el tráfico comercial, así como revestirse de prestigio ante sus ojos como garantía de prosperidad y tranquilidad en las islas Filipinas.

Pero si, como hemos visto, no faltaban razones para comprometerse en la empresa, resulta sin embargo incomprensible que España no exigiese ninguna garantía antes de hacerlo, pactando previamente con París un tratado que regulase y fijase los objetivos, la financiación y otros detalles de la expedición, como apunta el contralmirante Bordejé. La diplomacia española, pecando de ingenuidad, confió ciegamente en Napoleón III y se embarcó en la aventura sin exigir antes un aval de que serían atendidos sus intereses, omisión de la que se aprovechó ventajosamente Francia (1). El gobierno español se limitó a pedir al francés que puntualizase «la época en que se realizará la expedición, el punto al que se dirigirá y las fuerzas que Francia empleará en ella», a lo que París respondió, tan simple como evasivamente, que le era imposible contestar a estos extremos «con tan precisa exactitud». Como puede apreciarse, España, desde los primeros momentos, más que colaborar con Francia se sometía a los intereses de esta, de suerte que el cuerpo expedicionario español, lejos de constituir un auténti-



Plano de la bahía de Turana, con indicación de las fuerzas que el 1 de septiembre de 1858 participaron en su conquista.

(1) Esta imprevisión española prueba la deficiente técnica diplomática que, de acuerdo con Jover Zamora, define las intervenciones militares exteriores de las postrimerías del reinado isabelino.



co aliado, vino a ser una fuerza auxiliar de los efectivos franceses y representó en el conflicto un papel secundario y acaso humillante (2).

Radiografía de la expedición

Los historiadores navales franceses Reusner y M. Nicolás, autores de *La puissance naval dans l'Histoire*, al referirse a la expedición a Cochinchina no dedican un solo renglón a la participación española. Las glorias y laureles los acaparan los almirantes Rigault de Genouilly y Page, su sucesor, héroes en Turana, Hoh Pi y, naturalmente, Saigón. Ateniéndonos a su testimonio, nadie diría que España fue copartícipe en un conflicto duro y tenaz que se prolongó durante tres años.

Las primeras fuerzas hispanofilipinas, constituidas por 500 hombres al mando del coronel Bernardo Ruiz de Lanzarote, a las que se añadieron unos sesenta marineros comandados por el alférez de navío Siro Fernandez, tuvieron un relevante papel en las operaciones de desembarco. Los francoespañoles se concentraron en Annam. El almirante Rigault decidió desembarcar en la bahía de Turana (en la actualidad, Da-nang), fortificada y defendida por el enemigo, donde los españoles pusieron pie luego de que los barcos sometieran los fuertes a un intenso bombardeo. Acostumbrados a operar en bosques tropicales, los efectivos hispanofilipinos consiguieron establecer una cabeza de playa que permitió el desembarco de todas las fuerzas combinadas. La presencia española fue incrementándose hasta llegar a superar los 4.000 hombres

(2) No obstante, debe subrayarse que, en contraste con la ingenuidad gubernamental, la oposición presentó en las Cortes una proposición no de ley en la que se pedía al ejecutivo información precisa en relación con la génesis y previsiones de la expedición, cuyos objetivos exactos estaban envueltos en la indeterminación, y se sostenía que, al tomar por sí solo la decisión de sumarse a esta, orillando al Parlamento, el ejecutivo había infringido la Constitución. Pero esta proposición no produjo resultado positivo alguno.

destacados a la zona, y llegados a ese punto, Ruiz de Lanzarote fue relevado por el coronel Palanca, hábil conocedor de este tipo de guerra por haber operado repetidas veces en Joló, y al que el general del Ejército y notable historiador Luis Alejandro Sintés considera el hombre clave de la expedición en una documentada y espléndida obra (3).

Para ocupar la bahía de Turana hubo que librar acciones muy reñidas y conquistar tres líneas fortificadas. El combate de Mi Thy, por ejemplo, duró dos días, durante los que los annamitas, armados con lantacas, formaron una línea artillera con elefantes. En el ataque y voladura de los fuertes del río se distinguió notablemente el vapor *Elcano*, al mando del capitán de navío José Luis Lozano, comandante en jefe de la Marina española en las operaciones. Esta conquista se completaría luego con la de la entera península de Tong Hai Dai —donde se emplazaba el fuerte del noroeste de la bahía de Turana, que cubría el camino a Hué—, en cuyas acciones participó el vapor *Don Jorge Juan*, al mando del capitán de fragata Eugenio Aguera, buque que había sustituido al destartado *Elcano*.

El final del conflicto parecía próximo; sin embargo, las exigencias de la guerra en China obligaron al mando francés a desplazar sus medios militares hacia el norte y a tomar la decisión de evacuar Turón. Aplazada así la ocupación de Annam, la permanencia en la península de los 1.500 soldados españoles habría perjudicado los intereses franceses. De ahí la decisión de Page de que, al tiempo que se evacuaba Turón, regresara a Manila la mayor parte del cuerpo expedicionario español, del que solo quedaron 200 soldados, acantonados en Saigón para defender diversas posiciones fortificadas (4). Con la evacuación cesaron temporalmente las hostilidades y en Annam se declaró una tregua que se mantuvo varios meses, mientras la guerra en China proseguía. Para España esto supuso un triste adiós a sus posibilidades de conseguir ventajas territoriales, si es que alguna vez las ambicionó. En cuanto a Francia, la paz era un alto en el camino, un paréntesis durante el que distraer a la corte annamita mientras la guerra proseguía en China, y negociar un tratado de paz con el siniestro emperador Tu-Duc.

La evacuación de Turón, considerada un triunfo por los annamitas, elevó notablemente la moral de sus tropas, así que la posición de Saigón, con los 200 soldados españoles como destacamento, se hacía cada vez más insostenible. Ante la creciente amenaza de los ataques del enemigo, la guarnición aliada ocupó la pagoda de Clochetons, pero los cochinchinos contraatacaron, lo que dio lugar a una prolongada defensa que los aliados consideraron uno de los hechos de armas más brillantes de la campaña. En estas acciones participó la falúa española *Soledad* y se distinguieron los tenientes de navío Ignacio Fernández y Lázaro Araquistáin.

(3) *La guerra de la Cochinchina. Cuando los españoles conquistaron Vietnam*. Edhasa, Barcelona, 2004.

(4) Francia tomó esta decisión unilateralmente, sin el consentimiento previo del gobierno de España, aunque esta conducta, por más que carezca de justificación, quizá obedeciese a la lentitud y dificultad de las comunicaciones con la Península y a la autonomía de hecho con que estaban acostumbradas a obrar las autoridades españolas en Filipinas



La *Constancia* en el ataque y toma de Pagalungán el 17 de noviembre de 1861 (Museo Naval de Madrid, núm. inv. 153).

Con la llegada de la goleta de hélice *Constancia*, con un oficial y 56 individuos de tropa enviados desde Filipinas para cubrir las bajas españolas, un buque español de guerra comparecía por primera vez en la segunda fase de la campaña, si bien el conflicto terminaría poco después, tras la toma de Saigón, en cuyo asalto, muy cruento, las tropas españolas figuraron como siempre en la columna de vanguardia, según relata Enrique Manera.

La improductiva paz de Saigón

Las últimas derrotas sufridas por los annamitas, los efectos de la ocupación de la Baja Cochinchina y la arrolladora marcha de la insurrección en Tonkín crearon en las altas esferas de la capital annamita un ambiente favorable al cese de las hostilidades. Y así, el 5 de junio de 1862 se firma en Saigón un tratado de paz, ratificado en Hué el 14 de abril siguiente. La presencia de la goleta *Circe*, que al mando del teniente de navío Manuel Carballo había llegado al puerto vietnamita en noviembre de 1862 para proceder al canje de ratificaciones del tratado, sirvió al menos para dar al pabellón español el realce debido y contribuyó a que las complicaciones surgidas poco después se resolviesen satisfactoriamente (5). En Saigón, entre otros beneficios, Francia

(5) La *Circe* era un buen ejemplo de la sufrida y baqueteada clase de las goletas de hélice, esos barcos de guerra para todo que vinieron a sustituir a los primeros vapores puros y en los que se resume gran parte de la historia de la Marina de Isabel II.

lograba unas concesiones territoriales que sentarían las bases de su dominio en la península, pues se le cedieron tres provincias del reino que se integrarían en su futura colonia de Indochina, la cual no alcanzaría la independencia hasta los años cincuenta del pasado siglo. En cuanto a España, debía consolarse con que los cristianos viesan reconocido su derecho a practicar libremente su religión y a comerciar libremente en tres puertos del imperio annamita (Turón, Balat y Quang An), ventajas obtenidas conjuntamente con Francia.

Las pretensiones españolas no fueron atendidas por el país vecino, que se llevó del tratado de Saigón la parte del león. Hasta 1880, España tampoco cobraría la parte que le correspondía de los cuatro millones de indemnización entregados por el reino de Annam, de manera que puede decirse que el país no obtuvo el menor beneficio de la aventura militar emprendida. Ello fue así por el error de no destacar un fuerte dispositivo naval y terrestre en los diferentes teatros de operaciones, pues durante la segunda fase de la campaña la participación de la Marina española estuvo siempre al albur de los dictados de Francia. Y, en el contexto de las expediciones militares del siglo XIX, Cochinchina representaba un escenario de campaña en el que la participación de la Marina resultaba imprescindible.

Bibliografía

- ALANÓN FLOX, Luis: *La Marina y las expediciones en el reinado de Isabel II* (tesis doctoral), 1993.
- ALEJANDRE SINTES, Luis: *La guerra de la Cochinchina. Cuando los españoles conquistaron Vietnam*. Edhasa, Barcelona, 2004.
- BORDEJÉ Y MORENCOS, F. Fernando: *Crónica de la Marina española en el siglo XIX*, t. I. Editorial Naval, Madrid.
- CERVERA PERY, José: *Marina y política en la España del siglo XIX*, 1976.
- MANERA REGUEYRA, Enrique: *La Armada en el siglo XIX*, 1980.